

*Sobre historia de ayer y de hoy, . . .*

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 200– 23 de diciembre de 2016

# ESPECIAL

## Número 200

*La Fundación José Antonio desea unas felices Navidades a socios y amigos, así como un año 2017 con menos preocupaciones, más tranquilidad en todos los aspectos, y una mayor esperanza sobre los asuntos de España.*



«Epifanía». Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Navasa, Jacetania, Huesca. Siglo XII. Hoy esta pintura mural se encuentra en el Museo Diocesano de Jaca

### Te ofrecemos

1. **Por qué**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Doscientos números de la Gaceta**, *Honorio Feito*
3. **«Bicentenario» de la Gaceta**, *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
4. **Una revisión de la teoría sobre las edades**, *Manuel Parra Celaya*
5. **Falangistas incómodos**, *Fernando García de Cortázar*
6. **Borges y la irreverencia argentina**, *Alberto Buela*

## Por qué

### Emilio Álvarez Frías

**H**oy estamos contentos. Llegar a editar 200 números de una publicación, aunque sea modesta como ésta, y lanzada por internet a una importante gavilla de amigos y personajes las más de las veces desconocidos, como suele suceder por este medio de difusión, tiene su importancia. Fundamentalmente porque nos sentimos amparados por todos aquellos que la reciben ya que, al no rechazar el envío, presupone una cierta predisposición a su lectura.

Y nos alegra que este número 200 coincida con la Natividad del Señor, pues se convierte en fiesta grande.

Lo hemos dicho muchas veces, y no viene mal repetirlo una más, sobre todo para las mentes olvidadizas. No nos guía ningún interés material. Solo intentamos asperger, de una u otra forma, el ideario de José Antonio Primo de Rivera, que firmó con su muerte generosa a edad temprana, cuando tenía una vida prometedor por delante. Y lo hacemos porque consideramos que las ideas que sembró durante su escaso tiempo de actividad pública fueron limpias, llenas de amor a España, preñadas de deseos de trabajar por los españoles que vivían unos tiempos de pobreza y miseria, de abusos y de engañosas ideas y promesas, y porque ofrecía un estilo de vida lejano al de su tiempo, e incluso al de los tiempos actuales. Sabemos que no todo lo que propuso y servía para aquellos tiempos es útil hoy; pero un importante bagaje de esa doctrina es intemporal y otra puede seguir valiendo en el tiempo presente.

Tras años de trabajo esforzado por varias generaciones en el camino de conseguir nuevas formas de actuar en política, con el cambio esperado llegó la relajación de la sociedad; la permisividad en exceso; la conquista del poder por parte de los partidos políticos con lo que se instituyó una nueva oligarquía que buscaba el dominio para implantar sus ideas políticas en lugar de buscar el beneficio para toda la sociedad; el control de las instituciones que quedaron en manos de quienes ejercían el poder; el deterioro de la enseñanza; la malversación de los fondos públicos; el gasto desmedido del Estado por la multiplicación de instituciones; etc.

Digamos que la evolución de la sociedad es algo imparabile, la modernización resulta incuestionable, pero la honestidad no merece nota ni de aprobado por los pelos, la calidad de los políticos cada vez resulta más baja, el estilo de vida se deprecia cada vez más...



Nosotros intentamos mantener y mantenernos en aquellos tiempos de la primera Falange, la joseantoniana, a la que hace referencia Fernando García de Cortázar en un artículo publicado en *ABC* y que reproducimos en este número de la *Gaceta*. Y lo hacemos en la esperanza de que se puedan revertir los modos de actuar en política, la consiga la regeneración de la sociedad, la honestidad vuelva a las gentes, haciéndonos generosos con los demás sin querer todo para nosotros mismos, creando una sociedad de hombres justos, conduciendo la vida por las leyes naturales y limpiando el campo, la calle y los despachos, incluso bajo las alfombras.

Evidentemente nosotros queremos un cambio. Mucho más profundo que el que anhelan los partidos políticos que campan por España en estos momentos, pero un cambio a mejor, donde los niños no nacidos reciban el mismo respeto que los mayores, donde hombre y mujer tengan los mismos derechos pero sin que ese llamemos eufemismo de género confunda la paridad por un cambio a la carta de la interpretación de los sexos en los humanos, donde la justicia se ejerza como tal con el rigor y la misericordia precisas, donde la ley se cumpla y las leyes sean las normas de la mejor convivencia entre los individuos, donde la honestidad sea la norma entre las personas y nadie tome para sí lo que no es suyo;... Sin duda un cambio difícil, sereno, sin alharacas destempladas, sin extremismos obtusos, y con talante limpio.

Este es un cambio mucho más difícil que el que prometen los aventureros del mitin, y es el que nosotros queremos. Lo que sin duda se consigue por un progreso continuado, pero no un progreso de hacer lo contrario del otro utilizando los medios que sean, sino el progreso de la



tradición y el trabajo continuado, utilizando las nuevas herramientas que surgen cada día, valiéndonos de los descubrimientos constantes, profundizando en la investigación, tanto de la química, de la maquinaria maravillosa que es el cuerpo humano, de la electrónica,... como de las humanidades, la filosofía, la teología, el pensamiento, etc.

Y en todo esto hay que trabajar profundamente, no nos será dado por las ocurrencias de un político, las órdenes de un dictador, la imaginación de un iluminado. Sino de la constancia, el trabajo bien hecho, la paz entre los hombres, el amor entre las gentes.

Hemos llegado al número 200 de la *Gaceta* de la Fundación José Antonio con esfuerzo y tesón, nadie nos da nada, nos vamos bandeando como podemos; pero sí agradecemos los resultados del pensamiento de nuestros amigos lectores, ese sí lo agradecemos para transmitir a nuestros semejantes. A eso tenemos siempre la puerta

abierta.

Hoy nos quedamos en casa en compañía de la familia para ir preparando la cena de Nochebuena. Por ello, en vez de tomar un botijo de los muchos producidos por los alfares españoles de todos lugares de la rosa de los vientos, despedimos a nuestros amigos con una botija de arriero en la que el artesano ha tenido el buen gusto de colocar un sencillo Belén. Que sea motivo de alegría para todos, que nos invite a cantar villancicos al son de la zambomba, la pandereta y el rasgueo del cubierto de madera en la tradicional botella de Anís del Mono. Y desbordemos alegría: ¡Ha nacido Dios!

## Doscientos números de la *Gaceta*

Honorio Feito

Creo que fue Servan Schreiber quien un día, mientras entrevistaba al presidente John F. Kennedy cuando éste enfocaba ya su segundo mandato, le preguntó a qué se iba a dedicar al término de su estancia en la Casa Blanca. Y argumentó su pregunta con el siguiente esquema: normalmente, los presidentes de los Estados Unidos terminan su etapa presidencial a una edad avanzada. Suelen retirarse a su rancho y allí escriben sus memorias, pero usted, Presidente, es aún joven... Kennedy le contestó que seguramente trataría de dirigir un periódico, y también argumentó su respuesta diciendo que la dirección de un periódico es el cargo más parecido al de presidente de los Estados Unidos, porque te permite tener conocimiento, al momento, de todo cuanto ocurre en el mundo.

La *Gaceta* ha cumplido doscientos números. Ha roto la barrera de lo que los expertos consideran el periodo inicial y se ha consolidado. Su huella estará en las hemerotecas digitales porque hoy la comunicación pertenece a este medio, un tanto efímero todavía, que es la red. Pero doscientos



números son una buena colección de artículos, y un propósito de perpetuidad para cumplir el lema que adorna su cabecera: *sobre historia de ayer y de hoy*. Hacerse hueco en un mundo que, más que la competitividad por atrapar a un lector, impone cuantos más obstáculos sean necesarios para evitarlo, tiene su mérito. No son pocos los proyectos periodísticos nacidos en estos tiempos de zozobra en los que la sociedad parece desnortada, confundida, un tanto abstracta; pero son muchos los que han sucumbido a ese inicial periodo de prueba, y diferentes las causas que los han llevado al fracaso, si entendemos por fracaso el no haber superado unos meses de permanencia en la red.

Los ajustes económicos de los grandes trasatlánticos periodísticos de papel han supuesto el cese fulminante de muchas firmas relevantes, mascarones de proa de épocas pasadas, porque la estrechez de los tiempos impone nuevos modelos de comunicación.

En medio de todo esto, resulta paradójica la sutileza del progresismo para manipular las palabras y las conductas, callar bocas, borrar cualquier huella o vestigio de un periodo relativamente reciente de nuestra Historia; no es un pasar la página, sino el capítulo entero de ese libro de la vida que está escrito en fascículos y que reposa en los anaqueles de las hemerotecas, como aquel arpa del poeta, silenciosa y cubierta de polvo, que espera la voz de Lázaro.

La acumulación de medios a través de las grandes corporaciones mediáticas ha configurado órganos de expresión uniformes, sometidos a los designios de lo políticamente correcto, que monopolizan la opinión y no dudan en desacreditar, difamar, caricaturizar, ridiculizar y zaherir a cualquiera –sea persona o proyecto– que se ofrezca como alternativa, con un bagaje configurado al margen de los cánones establecidos. Y ese empeño, esa imposición, interviene en el lenguaje, en primer lugar, hasta haber logrado establecer un vocabulario maldito que se arroja a quien muestra disparidad con lo establecido, con lo considerado políticamente correcto. Los términos acuñados circulan entre la población con absoluta normalidad, y se aplican sin ningún pudor de reconocer que, muchos de los que los utilizan, desconocen su primitivo significado. E interviene, consiguientemente, en la conducta del individuo que, arrojado en el

anonimato social, participa de esa «vulgata progresista», desde donde utiliza el menosprecio para desacreditar lo que ignora. El resentimiento ha sustituido a la ilusión.

Las palabras han hecho su trabajo, han conseguido establecer un estilo para dar paso a la actitud. A través del dinero, verdadero artífice de los propósitos, los gurús de la política disponen a quien sí y a quien no, en consecuencia con lo expuesto anteriormente, va a parar una subvención. La cultura, el arte, la dialéctica... están sometidas a los designios de quien, elevándose a los altares de la política, decide quién, cómo, cuándo, dónde y por qué. Decide, en definitiva, lo que es políticamente correcto y lo que no; lo que representa una opción y lo que significa un obstáculo.

## «Bicentenario» de la *Gaceta*

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**D**oscientos años son dos siglos y dos siglos son muchos años. Doscientos son los números que ha publicado la *Gaceta* que edita la Fundación José Antonio Primo de Rivera. Creo, no lo puedo decir con seguridad, que ninguna publicación falangista, hasta ahora, llegó a publicar tantos números. Se puede exceptuar el diario *ARRIBA* de la época franquista, pero esa es otra historia. Detrás de cada uno de estos doscientos números, hay un extenso trabajo que los lectores saben agradecer enviándonos sus felicitaciones, como así me consta. De todas las maneras, se sabe que no todos los artículos que ofrece la *Gaceta* no son siempre del gusto del lector, pero eso es algo normal. Ocurre en cualquier publicación.

La *Gaceta* nació como medio digital para dar a conocer, principalmente, el nombre del fundador de Falange Española. La unidad de España y la justicia social, son los principales pilares en los que se apoyó siempre José Antonio Primo de Rivera a lo largo de su corta vida política y que este medio quiere seguir por idéntico camino; aunque, como es lógico, la *Gaceta* se haga eco de otro tipo de noticias o artículos que nada tienen que ver con el legado que nos dejó aquel hombre, pero cualquier medio debe abrir el horizonte, aunque sólo sea por pura supervivencia, a sus lectores que también gustan de leer otras informaciones que vayan acorde con su manera de pensar y entender la vida española.

No deseo ahora hablar de política, hay demasiados políticos en España que un día sí y el otro también hablan de ella, porque de ella viven, pero sí aprovechar este espacio que me ofrece este medio para escribir unas líneas de nuestra historia, y, principalmente, de la historia de José Antonio Primo de Rivera, para que no sigan vertiendo sobre él falsedades, esas falsedades a las que tan aficionados son muchos historiadores que no se atreven a citar lo que otros han dicho por el mero hecho de ser verdad, lo cual parece espantarles. O en palabras de Julián Marías cuando refiriéndose a la verdad y a la mentira dice que «el primer paso, el decisivo, es no engañarse ni engañar a los demás. El error es posible, hay derecho a él, con la condición de que se reconozca y rectifique. Lo que es intolerable es la mentira... Hay grupos, partidos, publicaciones, emisoras, personas individuales que mienten sistemáticamente». Es, en resumidas cuentas, vivir en contra de la verdad sencillamente porque se tiene miedo a ella. Por eso hoy, es frecuente, oír cómo se miente cuando se están refiriendo a José Antonio. No hace mucho, hemos dejado constancia de las mentiras que escribió el académico Pérez-Reverte, uno a los que la RAE le da lustre y no él, precisamente, a la RAE.



Hace años pronunciar el nombre de José Antonio, abría muchas puertas. El propio Dionisio Ridruejo lo reconocía al escribir que los textos del fundador de la Falange se habían convertido en sentencias sacras e indiscutibles. En el mismo tono nos lo recuerda mi buen amigo Carlos Javier Galán que dice, en su libro *Punto y seguido*, que ha sido vergonzoso, en otros tiempos, el espectáculo de la ascensión del retrato de José Antonio por los despachos oficiales de muchos políticos sin escrúpulos y que solamente lo tenían para medrar, y que durante bastante tiempo se arrinconó en el baúl de los recuerdos su pensamiento político.

Es cierto que José Antonio estuvo durante muchos años prisionero de una ideología que él fue el primero en combatir porque la Falange que concibió y organizó su fundador tenía muy poco de común con la que vino después. Nos lo habían puesto tan alto que ahora otros quieren y siguen queriendo tirarlo desde esa misma atalaya cuando se ignora todo o casi todo sobre él. Por eso hoy, el nombre de José Antonio, no es tolerado por una parte de esos políticos que nos dominan y mucho menos por esos medios que ellos controlan, cuando a través de los mismos no acuden al desprecio y a la mentira sobre su persona y su obra, como no me cansaré nunca de repetir. Declararse hoy *joseantoniano* es casi un delito. Hemos escuchado a algún político emplear esa palabra para descalificar al contrario empleando de forma peyorativa esta expresión. Cuando todos estamos muy preocupados en España con el problema de los nacionalismos, el paro galopante, la deuda pública, la prima de riesgo etc., parece que hay políticos que prefieren disfrutar con frases que saben que al día siguiente ocuparán los titulares de la mayoría de los medios. Recuerdo hace años que un político calificó a Felipe González de *joseantoniano* porque había dicho que le repateaba las tripas que el único nacionalismo no legitimado fuera el español y claro, todas estas cosas le dolían. Y aunque Falange, como ha dicho el propio José Antonio, no es nacionalista porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos, sabemos de sobra lo que quiso decir Felipe González y en esto estoy de acuerdo con él. De todas las maneras, también cabría preguntar a Felipe González qué hizo durante los 14 años que gobernó para evitar que ahora corramos el peligro de la desmembración de España, de esa desmembración que un día hizo decir a Laín Entralgo que la España que había en ese momento y que ahora sigue habiendo, pero peor, le dolería al vasco Miguel de Unamuno. Como le dolería al catalán Eugenio d'Ors figura clave en la actualidad de la época, o al también catalán Josep Pla a quien ahora parece que quieren, si no lo han hecho ya, borrar su nombre del callejero madrileño, porque la cultura, que tanto blasona la izquierda, está en manos de personas incultas.

**¿Qué diferencia existe entre la organización económica anterior y posterior a la Revolución?**

**¿Hay que desmontar o no hay que desmontar el sistema capitalista?**

7

Sin embargo reconozcamos que no todos los que manejan la política, o la han manejado, se acuerdan de José Antonio para descalificarlo. Recuerdo las palabras de quien fue fiscal general de Estado con los socialistas -hace muy pocos días lo he visto en el plató de un canal de televisión-, el canario Eligio Hernández, que escribió en un artículo publicado en Tenerife, con motivo de un homenaje a la memoria del fiscal Eugenio de Herrera Martín, y no tuvo ningún reparo en reconocer que éste era un falangista *joseantoniano*, idealista y romántico, nada sectario, y dispuesto siempre a hacer favores, incluso a aquellos que eran más opuestos a sus ideas. Decía Eligio Hernández que siempre había tenido un gran respeto por la figura de José Antonio y nos recordaba a otro socialista, Julián Zugazagoitia, último ministro de la Gobernación, de la II República, a quien la Gestapo detuvo en París, y devuelto más tarde a España donde fue fusilado después de haber publicado en un libro, del que era autor, el texto completo del testamento de José Antonio y de haber reproducido también la estremecedora conversación que éste tuvo con los milicianos encargados de ejecutarle. Recoge al mismo tiempo Hernández, en su largo artículo, frases de elogio que dedicaron a José Antonio, hombres como el socialista Indalecio Prieto, el filocomunista Juan Negrín, el anarquista Abad de Santillán, etc.

Valga, pues, este pequeño homenaje y recuerdo a José Antonio Primo de Rivera, para celebrar los doscientos números de la *Gaceta* de la Fundación que lleva su nombre.

## Una revisión de la teoría sobre las edades

Manuel Parra Celaya

¿En qué tipo de edad o época vivimos? ¿En una *Edad Media* o en los epígonos de una *Edad Clásica*? ¿Estamos sufriendo una *invasión de los bárbaros*?

¿Qué difícil es sujetar a categorías establecidas *intelectualmente*, a priori, nuestras realidades! ¿Qué arduo es saber si estas realidades responden a meras sensaciones subjetivas, producto de nuestras lecturas, o si presentan evidencias de objetividad! Así nos ocurre, por ejemplo, cuando nos interrogamos sobre qué tipo de edad o época es la nuestra y cuáles son las expectativas que se desprenden de ello.

¿Podemos dar por válida la teoría de que existen edades *clásicas* y *medias*, y que el tránsito de la una a la otra suele estar precedido de esa *invasión*, tras la observación del mundo presente? Vale la pena que reflexionemos un poco sobre ello, antes de dar por aceptada una teoría que nos es tan familiar.

La primera tentación es trasplantar esta teoría desde los años que fue formulada –la década de los 30, aproximadamente, del siglo pasado (Berdiaeff, Carrell, Landsberg, Jasper, José Antonio Primo de Rivera)–, aplicarla sin más a nuestro momento y acomodar alguno de sus ingredientes, por ejemplo, sustituir la *barbarie* del bolchevismo por la del yihadismo actual. Este ajuste paralelístico tiene, de entrada, el inconveniente de forzar los síntomas y de que queden descolgados algunos elementos fundamentales: los *gérmenes* positivos ocultos entre los *invasores* que podrían incorporarse a nuestro cuadro axiológico. Podría ser así en aquella coyuntura: el ansia de justicia, de solidaridad, el impulso revolucionario para transformar estructuras socioeconómicas..., pero difícilmente un occidental de hoy podría *tender puentes* entre sus valores y los que aportan los talibanes o el DAESH: el fanatismo de la yihad no deja entrever ninguno, excepto su basamento de creencia y de trascendencia, que ya está presente, si este occidental es consecuentemente cristiano, en nuestra tabla de valores, con el esencial componente diferenciador de la libertad, impensable en los creyentes *invasores*.



La segunda tentación es desechar la teoría sin más, suponiendo que fue una lucubración de intelectuales de otras épocas; es la postura de la comodidad o la pereza mental, o, acaso, del escepticismo que sucede a la fogosidad de los momentos de juventud vital.

Es preciso ahondar más en la teoría, rectificarla si es necesario, para averiguar hasta qué punto resultó cierta a la vista de las evidencias de entonces, si debe ser rectificadas o revisadas para las nuestras o si debe quedar desestimada, como tesis indemostrable carente de valor permanente.

Si estamos en una *edad clásica* o, por el contrario, *clásica*, ¿cuándo comenzaron? Y, previamente, ¿qué podemos entender por estos conceptos? Vamos a intentar este camino, a modo de oferta de debate.

Las características de las *edades clásicas* pueden ser las siguientes: tendencia a la unidad; defensa del individuo dentro de la comunidad (personalismo), y búsqueda de la armonía entre ambos; en consecuencia, prevalencia del Derecho; afirmación de la libertad bajo la norma;

construcciones históricas nacidas de la racionalidad, como el Derecho mencionado y el Estado, y apelación a otros pasados *clásicos*, de los que se rescatan valores que se suponen intemporales.

Por el contrario, los rasgos de las *edades medias* se resumirían así: tendencia a la dispersión; predominio del individuo sobre la colectividad; disociación de los fines de ambos; exaltación de la libertad sin sujeción a la norma; subjetivismo; sobrevaloración del sentimiento y apelación a las querencias que dimanan de este (nación), y olvido o tergiversación legendaria del pasado.

Si esto es así, encontraremos que las características de las *edades medias* se ajustan mejor a nuestro momento, destacando la ausencia de aceptación de la norma y el predominio de la individualidad; pongamos nuestra atención en el relativismo y su consecuencia inevitable, el nihilismo; observemos la abundancia de tendencias centrífugas frente a las centrípetas en el aprecio de los pueblos; reconozcamos el rechazo hacia los *grandes relatos*... Todos ellos son notas distintivas de lo que se ha llamado *Postmodernidad*. Entonces, ¿habría sido una *edad clásica* su precedente, la Modernidad? Esta tenía sus normas aparentes en la Razón, el Progreso y la Ciencia; pero, a su vez, se alzó frente a la Tradición, que también había creado su Norma. ¿Qué pensar entonces?

Busquemos una correspondencia en la historia: el Renacimiento superó aquella *Edad Media* por antonomasia, pero lo hizo rescatando valores, conceptos y norma de la otra *Edad Clásica*, el



Clasicismo grecorromano por excelencia, y que habían sido rescatados de algún modo por la propia cultura *medieval* en sus Monasterios. No fue así en la dialéctica Tradición-Modernidad, cuando esta última quiso hacer tábula rasa de las creencias que constituían la norma hasta ese momento. Nos será necesario, pues, introducir otras variantes para calibrar ajustadamente nuestra época postmoderna, si es que hemos acertado al calificarla de *edad media*.

A nuestro modo de ver, una de estas variantes debe encontrarse en el paradójico compañero de ruta de la Modernidad: el *romanticismo*; y me imagino que nadie entenderá este concepto por sus derivaciones literarias y estéticas, o por el sentido actual que acompaña a alguien que *se siente romántico* ante un anochecer o una bella mujer...

Conforme los pueblos parecían despertar bajo el imperio de la Razón y se transformaban en una línea de Progreso que parecía indefinido y conducía a la felicidad, las conciencias eran socavadas por el predominio de lo instintivo y del sentimiento, Toda la trayectoria *moderna* fue acompañada de un sustrato *romántico* en cultura, en educación, en política, que ponía sus expectativas en el individualismo, en la libertad frente a la norma, en la negación de categorías permanentes y de valores, es decir, en el relativismo. En lo colectivo, estos fueron los componentes básicos del *laissez faire* del liberalismo y de la llamada de Babel del nacionalismo.

Por otra parte, Modernidad y Postmodernidad no son elementos dialécticos correspondientes a la tesis y una antítesis, sino que ambos son *lo mismo*, acaso con una filiación generacional motivada por la persistencia de aquel sustrato irracional que acampaba bajo las tiendas de la Razón. Por ello, nos parece muy acertada la denominación de Bauman de que la pretendida *postmodernidad* no es otra cosa que una *Modernidad líquida*: la solidez de la confianza en la Razón y el Progreso se ha diluido y ha aflorado a la superficie el trasfondo romántico que siempre la acompañó, dando lugar al estado de *liquidez* actual, en el que nada es seguro ni constante, sino que se acomoda al recipiente del momento.

Por lo tanto, la *edad media* en la que estamos inmersos nació con la Modernidad, y, como toda edad media, dio lugar a una degradación o decadencia, que es la llamada *modernidad líquida* o *postmodernidad*. La *invasión de los bárbaros* venía de dentro de su seno desde su nacimiento, del

mismo modo que *la invasión de los bárbaros* actual no está representada por el peligro del islamismo radical sino que está presente en nuestras calles, plazas y foros como componente propio. La otra, la del yihadismo, no es más que la continuación de aquella a la que hizo frente la Europa cristiana del Renacimiento en las fronteras orientales de Austria o en el golfo de Lepanto, y mejor puede representarse como un choque de civilizaciones; no hay *gérmenes*



*salvables* en este choque, porque el adversario es ajeno a nuestra cultura completamente, ni hay *puentes* que tender hacia este; estos *puentes* acaso podían construirse entre elementos enfrentados de la misma Modernidad – liberalismo y socialismo, por ejemplo – pero no cuando el peligro invasor procede del exterior más ajeno. Queda por ver si puede establecerse alguno con *la invasión de los bárbaros* interna; acaso por elevación de la estructura, por reconducción de aquella constante *romántica* hacia los terrenos del esfuerzo humano y la Razón; a simple vista parece

difícil: la actual forma de *romanticismo* adopta formas abiertas de ruptura en aspectos, no solo políticos, sino éticos e, incluso, estéticos, al sustituir las naturalezas embravecidas y las nieblas decadentes del antiguo por un vulgar adanismo, en permanente glosa del *feísmo*.

El paso de la *edad media* en la que nos encontramos a una *edad clásica* debe hacerse en los mismos términos que, en el pasado, el Renacimiento superó la Edad Media europea: recobrar los valores del Clasicismo previo y soterrado entre ruinas o encerrado, quizás vergonzantemente, en los silencios de algún *scriptorium*. Como entonces, este Clasicismo sigue integrado por lo grecorromano y por lo cristiano, que lo conformó, reformó y dio alas de trascendencia.

En todo caso, en la historia no suelen darse saltos en el vacío, no hay abismos, y también la Modernidad ha aportado sus elementos positivos –muchos de ellos procedentes, sin querer admitirlo, de la Tradición de la que se renegaba–, y también los ha aportado nuestra Postmodernidad actual, que corrige, en punto de escepticismo, los mitos de su predecesora *moderna*. ¿Qué son, si no, los Derechos del Hombre, procedentes de la más esencial tradición del cristianismo?

Desde la inauguración de *lo moderno*, se han ido sucediendo correcciones, revisiones, aportaciones en forma de pasos dialécticos; muchos de los elementos aportados han sido derrotados o desestimados; otros se han incorporado; algunos quedan por demostrar en cuanto a su efectividad. No es posible, en ningún caso, una vuelta atrás –impensable en el devenir humano– pero sí una agregación de elementos de cada aportación.

La *Edad Clásica* futura debe ser un producto neto de Occidente; básicamente, sus elementos se hallan en la propia cultura, renovada constantemente, enriquecida, revisada. En esta fundamentación encontraremos el modo de hacer frente a las *invasiones de los bárbaros*, la interior y la de fuera, y no de otro modo. En la necesidad de un profundo rearme moral, cultural, religioso y político: volver a la Norma que sostenga la libertad, recobrar las creencias que sirven como hábitat en que *se está*; clarificar las ideas que rellenen – sus dudas y lagunas.

Y, sobre todo, evitar que se cuele, como polizón indeseable, el germen del *romanticismo* – *recordemos*: individualismo, relativismo, nihilismo–, que inutilizó los avances de la Modernidad, corrompió la verdadera Tradición y ha triunfado, con toda su desfachatez, en nuestro momento *postmoderno*.

## Falangistas incómodos

Recuerdo de unos jóvenes idealistas que se negaron al olvido de sus ideales

Fernando García de Cortázar

(ABC)

No era un grupo de personas de edad avanzada, prisionero de ese juego de espejos deformante con que la nostalgia envuelve a veces una vejez airada. No eran los fantasmas de un sueño ya agotado, espíritus ciegos vagando en un mundo que no los reconocía. No eran, desde luego, los valedores de cargos y sillones, de prebendas y oropeles del poder, defendiendo las rentas de una inversión trágica hecha a sangre y fuego en la guerra civil. No eran miserables oportunistas deteniendo el curso de la historia en su provecho y arrebatando a España su derecho a la difícil libertad y la exigente ciudadanía. Eran unos pocos jóvenes idealistas, agrupando en sus corazones los mitos de una juventud sacrificada en las trincheras, albergando en sus palabras las esperanzas más puras de una generación diezmada por la violencia armada, desalentada por el paso de los años, resignada a la pérdida de sus impulsos iniciales, cuando la normalización del régimen de la victoria incluyó el olvido de las mejores intenciones de su momento fundacional.



Eran falangistas nacidos después del combate feroz de las dos Españas, y educados en unos principios cuya limpia evocación contrastaba con una realidad miserable y egoísta. Los universitarios que crearon en los años sesenta el Frente de Estudiantes Sindicalistas hablaban, por ello, de la «revolución pendiente». El concepto había sido empleado por José Antonio Primo de Rivera en 1934, al intervenir en las Cortes y anunciar cómo una movilización de los españoles en torno a la justicia social y el patriotismo acabaría con las revoluciones parciales, antinacionales, provocadoras de sentimientos de frustración en las masas ávidas de un destino común, ansiosas de progreso material y plenitud espiritual. En sus palabras, aquel puñado de jóvenes veía una promesa de redención no realizada, un llamamiento no atendido, una revolución que aún estaba por hacer.

¿Cómo no comprenderles, cómo no dedicarles un recuerdo en esta serie, cuando nunca les empujó la codicia o la promoción personal, sino una lectura directa de palabras pronunciadas mucho antes de que ellos iniciaran su vida intelectual consciente? ¿Cómo no entender aquel contraste entre los discursos joseantonianos, los puntos programáticos de la vieja Falange y el espectáculo desolador de lo que se gestionaba en su nombre: apetito de enriquecimiento, despolitización de la juventud, destrucción de valores sociales, pérdida del sentido de la solidaridad, quiebra de la nación y falta de horizontes integradores? ¿Cómo no escuchar su frustración y su rabia, cuando todo ello se hacía con la coartada inmundada de quienes habían entregado su vida en los inicios de la guerra civil?

«Nosotros no hemos jurado lealtad a los fundadores del Movimiento Nacional –Serrano Súñer, Francisco Franco–, sino a José Antonio o, mejor dicho, a su doctrina. La figura de José Antonio es algo limpio, válido todavía ante los ojos del pueblo español. Hemos llegado al convencimiento de que la Falange quería algo distinto y que el actual régimen no hará nunca la Revolución de José Antonio». Publicadas en octubre de 1965, estas palabras mostraban la persistencia de una ilusión, depurada del pragmatismo político, de las servidumbres de la estrategia, de la necesidad de conciliar la utopía necesaria y el realismo indispensable. Pero había mucho de sobria veracidad en aquella indignación. Había mucho más que ingenuidad y torpeza adolescentes. Existía, sobre todo, una discordancia entre los sueños de una generación y el

mundo que había dejado de soñar y se alimentaba con la prosaica y desalentada materia de una vida a la que se había cortado cualquier impulso de esperanza radical.

«La Revolución Nacional-Sindicalista, escarnecida y burlada, fue concebida como solución a los problemas de nuestra Patria, como ejecutora de la alta tarea moral de desmontar el capitalismo, ese generador de la descomposición social. Esta España en la que vivimos, que no es la de los españoles, sino la de una minoría de privilegiados, no nos gusta», proclamaba una hoja del Frente de Estudiantes Sindicalistas. No puedo ni quiero juzgar la actitud de estos jóvenes refiriéndome a la rectitud de su doctrina o a la validez de sus propuestas. Me interesa más su patriotismo abierto, su esfuerzo rebelde, su voluntad de construir una comunidad integradora, su perspicacia para darse cuenta de la alarmante pérdida de tensión espiritual de un mundo que avanzaba ya por la senda del consumismo.



Me interesa su deseo de diálogo con todos los españoles que se sintieran llamados a trabajar por su patria. Me interesa su desprecio de quienes usaron nombres de héroes limpios para medrar. Me interesa la intransigencia de su protesta ante la injusticia y el incumplimiento de lo prometido a una España desangrada. Me interesa su sorpresa ante la conducta impropia de jerarcas que habían olvidado el principal mensaje joseantoniano. Falange era una exigencia espiritual que no toleraba la venalidad, el propio provecho o la arrogancia: «La revolución de José Antonio aspira a cambiar el modo de ser de los españoles. Los camaradas que siguen usando la mentira, la envidia, la soberbia en su actividad social y política, mal podrán titularse falangistas».

Mis simpatías no pueden atenerse a sus dogmas. Pero tienen que inclinarse ante su autocrítica, su ansioso descubrimiento de la patria indefensa y su decisión de ir contra corriente. A sabiendas de que serían castigados por la autoridad y aislados por el sectarismo, no dudaron en oponer sus rectas ideas a la incomprensión de sus compañeros. Estaban cansados de la retórica de bisutería. Esa grandilocuencia insensata, circense y cuartelera, que resonaba en todas partes mientras ellos escuchaban el timbre honesto de la primera Falange. Mientras leían a aquel a quien nunca pudieron escuchar, y que les hablaba de la reconciliación necesaria de los españoles, antes de que todo se perdiera en los túneles de la mezquindad y en el subsuelo de la locura. El José Antonio ya por siempre joven, honesto, firme, sensible y justiciero, que les contemplaba, con simpatía, desde su bien ganada eternidad.

## Borges y la irreverencia argentina

Alberto Buela

«A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en estas tierras se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa. Tierra de desterrados natos es ésta, de nostálgicos de lo lejano y lo ajeno: ellos son los gringos de veras, autorícelo o no su sangre, y con ellos no va mi pluma. Quiero conversar con los otros, con los muchachos querencieros y nuestros que no le achican la realidad a este país»<sup>1</sup>.

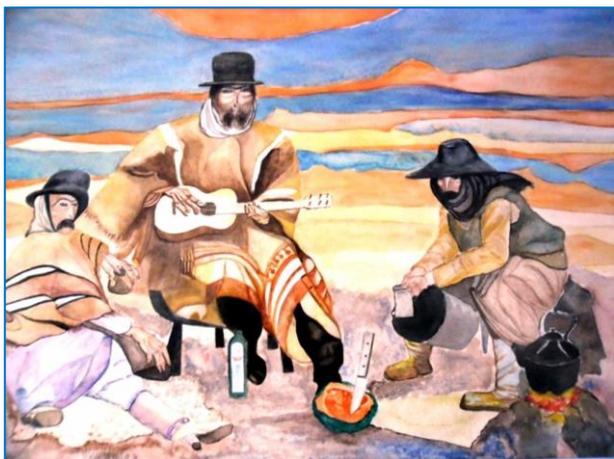
Así comienza Jorge Luis Borges su primer libro *El Tamaño de mi esperanza* de 1927. Después borró con el codo lo que escribió con la mano, pero como dijo Poncio Pilatos: *lo escrito, escrito está*.

<sup>1</sup> BORGES, JOSÉ LUIS: *El tamaño de mi esperanza*, Delbolsillo, Buenos Aires, 2012, p.13.

El rescate y exaltación de lo criollo es la primera de nuestras pautas culturales si es que pretendemos pensar con cabeza propia. Porque nosotros no somos ni tan europeos ni tan indios. Y eso expresa el término criollo, la simbiosis de dos cosmovisiones, la arribeña y la local, en una tercera con rasgos propios.

El criollo en todas sus expresiones: como gaucho, huaso, montubio, llanero, jíbaro, cholo, pila, charro, ladino, cowboy, etc., es el hombre original y originario que América ha dado al mundo. Nosotros somos el pueblo originario de América, mientras que los indios, mal llamados aborígenes -porque ellos también fueron inmigrantes en América- no fecundaron el continente sino, en el mejor de los casos vivieron una vida pegada a la naturaleza.

La inventiva es nuestra, la creación nos corresponde por derecho propio.



Y Borges de esto se da cuenta. Lo mismo que cuando nos habla de con qué nombre debemos designarnos y repite lo mismo que afirmó Joseph de Mestre para los europeos: *«he visto polacos, franceses, italianos, alemanes, españoles pero nunca un europeo... he visto colombianos, argentinos, mejicanos, brasileños pero nunca un latinoamericano»*.

El latinoamericanismo es un universalismo más para extrañarnos a nosotros de nosotros mismos por el nombre. Nosotros somos hispanocriollos, somos eurindios como decía Ricardo Rojas, somos simplemente americanos como decían San Martín y Bolívar, somos iberoamericanos como afirman los brasileños, pero nunca latinoamericanos. Categoría inventada por los franceses para curarse en salud y así poder intervenir en un continente que nunca les perteneció. Categoría luego usada por los norteamericanos para definirnos como latinos, y más tarde por la Iglesia y también por el marxismo y el progresismo actual. Esta guerra semántica la tenemos que dar porque nos bastardean con un nombre falso de toda falsedad. Ya lo dijo el gran poeta Leopoldo Marechal: *«no olvides que un nombre indica un destino»*. ¿Qué destino tenemos nosotros como latinos? Ninguno, porque lo latino no tiene ningún marco de pertenencia que no sea el Lacio. Es por ello que ningún italiano o descendiente de italianos, que se precie de tal, se denomina latino, salvo los que provienen del Lacio. Ellos se dicen napolitanos, calabreses, sicilianos, genoveses, piemonteses, pero nunca latinos.

En cuanto a la impronta argentina Borges ha sostenido que nosotros como los judíos, que actúan dentro de la cultura occidental pero no se sienten atados a ninguna devoción por ella, podemos manejar los tópicos europeos sin supervisiones ni preconcepciones y con irreverencia, y allí radica nuestra fuerza y nuestra ubicación en el mundo.

La irreverencia argentina, para muchos fanfarronería o egolatría, es lo mejor que podemos dar y donde está anclada nuestra creatividad.

Ni que decir de la falsa tesis del mejicano Carlos Fuentes que nosotros venimos de los barcos y ellos de los aztecas. Buenos Aires fue fundada dos veces por Pedro de Mendoza la primera en 1536, que nos dejó los caballos y por Juan de Garay la segunda en 1580 donde hubo once españoles y cuarenta y cinco criollos, hijos de la tierra, entre los que se destacó nuestro lejano pariente Lázaro de Venialvo, quien encabezó, en el mismo año, la revolución de los mancebos que obligó a los españoles a retirarse de la ciudad. El viejo Lázaro fue derrotado y terminó descuartizado.

Por estas cosas, y otras muchas, es que afirma Borges, que Buenos Aires no es una ciudad, es un país.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.